

LOS OTOMÍES:

HISTORIOGRAFÍA DE UN PUEBLO NEGADO

David Charles Wright Carr

Departamento de Artes Visuales

División de Arquitectura, Arte y Diseño

Campus Guanajuato

Universidad de Guanajuato

Ponencia presentada en la

2.^a Reunión de Investigaciones sobre Pueblos Indígenas: Discriminación y Racismo

Coordinación de Igualdad

Dirección de Igualdad y Corresponsabilidad Social

Universidad de Guanajuato

14 y 15 de agosto de 2023

Resumen

En esta ponencia¹ hablaré de los estereotipos negativos sobre los otomíes que se encuentran en los documentos escritos por los cronistas e historiadores desde el siglo XVI hasta el presente. Estos textos, y las nociones despectivas que se fueron acumulando como una bola de nieve a lo largo de cinco siglos, han obstaculizado el desarrollo de una identidad colectiva positiva de los hablantes de las variantes lingüísticas del otomí. Hablaré también del creciente corpus de obras históricas escritas por autores otomíes durante el periodo Novohispano. Estos documentos nos proporcionan una base más equilibrada para comprender su papel en los procesos históricos del Centro de México durante los últimos cinco siglos. Finalmente ofreceré algunas reflexiones sobre las relaciones entre la cultura, la lengua y la identidad colectiva de estos antiguos habitantes del Centro y Centro-Norte de México.

Palabras clave: otomíes, relaciones interculturales, etnohistoria del Centro de México

¹ Esta ponencia es un extracto, revisado y actualizado, de una ponencia presentada en 2005 por el autor del presente texto y publicado seis años después (Wright Carr, 2011).

Historiografía de una calumnia

Cuando el estudiante se acerca por primera vez a la historia de los otomíes, encuentra una larga serie de expresiones despectivas y estereotipos negativos, empezando por las crónicas clásicas, las relaciones geográficas y otras fuentes novohispanas. La mayor parte de estas fuentes fue redactada por personas de ascendencia nahua o por españoles quienes basaban sus obras en las declaraciones de informantes nahuas. La historia mexicana de corte nacionalista ha tendido a retomar y a reforzar esta visión negativa sobre los otomíes, la cual se explica, al menos en parte, por la creación del mito patriótico que cimienta el Estado Mexicano sobre la gloria del Imperio Mexica.² Esta visión despectiva de los otomíes ha sido desmentido durante las últimas décadas, gracias en parte a los esfuerzos de los mismos otomíes, en parte al trabajo de un grupo de investigadores que han estado colaborando en la recuperación y reivindicación de la historia de estos antiguos habitantes del Centro de México, quienes indudablemente tuvieron un papel central en el desarrollo de la civilización mesoamericana.³

Una temprana actitud despectiva hacia los otomíes se encuentra en los textos de fray Toribio de Benavente, más conocido como Motolinía, uno de los primeros doce franciscanos que llegaron a la Nueva España en 1524:

Del postrero hijo [...] descienden los *othomis* [...], llamados de su nombre, que se llamaba *Otomilth*. Es una de las mayores generaciones de la Nueva España. Todo lo alto de las montañas, o la mayor parte, a la redonda de México, están llenas de ellos. La cabeza de su señorío creo que es *Xilotepec*, que es una gran provincia, y

² Pido una disculpa a los lectores otomíes por reproducir aquí algunos textos que probablemente encontrarán ofensivos. Considero importante exponer el problema que representan estos errores históricos, dentro del proyecto de la reivindicación de la historia de este pueblo.

³ Sobre el papel de los otomíes durante la época Prehispánica, véanse Wright Carr, 2005 y 2011.

las provincias de *Tula* y *Otumba* casi todas son de ellos, sin que en lo bueno de la Nueva España hay muchas poblaciones de estos *othomies* de los cuales proceden los *chichimecas*; y en la verdad estas dos generaciones son las de más bajo metal, y de gente más bárbara de toda la Nueva España, pero hábiles para recibir la fe, y han venido y vienen con gran voluntad a recibir el bautismo y la doctrina cristiana (Benavente, 1979, p. 6; 1989, p. 26).

En otra parte de la misma crónica Motolinía es aún más severo con los otomíes, a quienes coloca en la misma categoría con los nómadas del norte:

Los fundadores [de Tenochtitlan] fueron extranjeros, porque los que primero estaban en la tierra llámanse *chichimecas* y *otomís*. Estos no tenían ídolos, ni casas de piedras, ni de adobes, sino chozas pajizas; manteníanse de caza, no todas veces asada, sino cruda y seca al sol; comían alguna poca de fruta que la tierra de suya producía, y raíces y yerbas; en fin, vivían como brutos animales (Benavente, 1979, p. 150; 1989, p. 365).⁴

Es muy conocida la descripción de los otomíes en el libro 10 del *Códice florentino* de fray Bernardino de Sahagún. Después de clasificar a los otomíes como chichimecas —junto con los “tamime” y los “teuchichimecas” o “çacachichimecas”—,⁵ los informantes nahuas de Sahagún

⁴ En otro texto Benavente (1979, p. 205) reitera esta visión sobre los otomíes, agregando que los “culhua”, quienes eran “gente de más capacidad que los primeros habitantes” llegaron como inmigrantes al Centro de México e introdujeron el cultivo de maíz y la cría de pavos, dominando cada vez más a los otomíes y chichimecas.

⁵ Sahagún empleaba el concepto “chichimeca” de una manera peculiar. Para él, los nahuas del Centro de México también son chichimecas porque antiguamente se internaron en el territorio de los cazadores-recolectores y después volvieron a los valles centrales; también clasifica a los tarascos y los toltecas como chichimecas. Los que no pertenecían a esta categoría, según Sahagún, vivían más allá de los márgenes orientales del Altiplano Central: los

conceden que los otomíes “no carecian de policia, vivian en poblado, tenian su republica”, con distintos niveles jerárquicos en lo civil y en lo religioso; se vestían como otros habitantes del Centro de México, con prendas de buena calidad; eran agricultores; “comian buenas comidas, y buenas bebidas”; habitaban casas de materiales vegetales y hacían templos de los mismos materiales pero de una hechura especialmente fina. En los edificios asociados a los templos los sacerdotes otomíes educaban a la próxima generación de nobles. En la descripción de los peinados y adornos corporales podemos identificar algunos posibles marcadores étnicos, aunque en ella la cultura de los otomíes se parece mucho a la de otros habitantes del Centro de México. En un párrafo que inicia con el encabezamiento “Los defectos, o faltas de los otomíes”, se manifiestan los prejuicios negativos que algunos nahuas guardaban hacia sus vecinos:

Los otomies de su condicion: eran topes [sic], toscos, e inabiles reñiendole por su torpedad, le suelen dezir en oprobio a, que inabil eres, eres como otomite: que no se te alcança lo que te dizen. Por ventura eres uno de los mesmos otomites? Cierto no les eres semejante: sino que eres del todo, y puro otomite: y aun mas que otomite. Todo lo qual se dezia por injuriar, al que es inabil, y torpe: reprehendiendole, de su poca capacidad, y abilidad.

Enseguida los informantes de Sahagún califican a los otomíes de codiciosos, ostentosos en el vestuario y la decoración corporal, perezosos, borrachos, poco frugales y lujuriosos. Entre estos juicios, curiosamente, hay descripciones de la alta calidad de los textiles confeccionados por las

olmecas, huixtotin y nonoalcas (Sahagún 1979, vol. III, ff. 149v-150r; 1974-1982, vol. XI, pp. 196, 197 [libro 10, capítulo 29]).

mujeres, así como datos escuetos sobre los dioses y los rituales de los otomíes (Sahagún, 1979, vol. III, ff. 122r, 127r-132r).⁶

Se pueden hallar prejuicios como los anteriores en otras fuentes novohispanas. El cronista mestizo Diego Muñoz Camargo, en la *Relación geográfica de Tlaxcala*, registra una mezcla de reproche y admiración hacia los otomíes, similar a la que vimos en el *Códice florentino*:

Y ésta es una nación que adoraba a los p[ro]pios dioses e ídolos, especialm[en]te a HUITZILOPOCHTLI, que los demás adoraban. Son robustos y muy grandes trabajadores, aunque de poca ca[l]idad (...). Sólo nacieron para sufrir trabajos, y no para otra cosa. Eran grandes cultores y en sumo grado idólatras. Eran pésimos y sucios y, en la policía humana, son grandes salvajes y muy duros para entrar en la fe y en la policía humana. Llegan muy pocos a los españoles, lo que no tienen los participantes en la lengua *mexicana*. Son muy grandes beodos, [y] amigos de vivir en lugares remotos y apartados. Esta nación de *otomís* es muy antigua: fueron señores y poseedores destas t[ie]rras. No se tiene noticia de su origen. Fueron conquistados y ganados y echados de sus tierras por los cul[h]uas y, así, viven en tierras muy estériles y miserables. Y siempre vivieron debajo (...) de gran servidumbre y opresión. Carecieron de toda policía humana. En guerras, fueron muy feroces y muy valientes hombres, y grandes guerreros y atrevidos. Y, como tienen su habitación cerca de montes y serranías, son grandes cazadores de venados, y liebres y conejos y codornices, y de puercos monteses jabalís (...). [Los *otomís*] cazan con redes, y con arcos y flechas. También son muy grandes

⁶ Véase también: Sahagún, 1974-1982, vol. XI, pp. 171, 176-181.

labradores de maíces, y de otras semillas y legumbres; grandes criadores de gallinas. Son muy lujuriosos: crecen y [se] multiplican mucho. Tienen cajas pajizas muy grandes y, en una casa, suele haber quince o veinte personas, de hijos, nietos y nietas, y nueras y yernos. Son muy celosos, sobre lo cual se matan mucho dellos. Son bajos de entendimiento, y de poca capacidad y menos talento. La ropa que visten, y [el] calzado, es de maguey, la cual labran y tejen muy bien, mejor que otra nación alg[un]a (...) (Muñoz Camargo, 1984, p. 79).⁷

El cronista texcocano Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, cuando habla de la derrota del señorío otomí de Xaltocan hacia finales del siglo XIV, expresa su desprecio por este grupo: “Este fin tuvieron los otomíes, los cuales jamás Techotlalatzin le cuadró que esta nación viviese dentro de las repúblicas, ni ninguno de sus descendientes, por ser gente vil y apocada” (Alva Ixtlilxóchitl, 1975, 1977, vol. I, p. 323).

Hernando Alvarado Tezozómoc, en su *Crónica mexicana*, también identifica a los otomíes con los chichimecas, pero los describe como si fueran una especie infrahumana:

habitaban en riscos y más ásperos lugares de las montañas, donde vivían bestialmente, sin ninguna policía, desnudos en cueros [...]. Dormían por los montes en las cuevas, y entre las matas, y las mujeres iban con sus maridos á los mismos ejercicios de caza dejando los hijuelos colgados de una rama de un árbol, metidos en una cestilla de juncos bien hartos de leche hasta que volvían con la caza. Eran muy pocos y tan apartados que no tenían entre sí alguna conversacion,

⁷ Los corchetes son del editor; los paréntesis son del autor del presente trabajo.

ni trato, ni conocían, ni tenían superior, ni adoraban dioses algunos, ni tenían ritos de ningún género [...] (Alvarado Tezozómoc, 1980, p. 17).

En las últimas décadas de la época Novohispana encontramos expresiones similares acerca de los otomíes. El jesuita Francisco Javier Clavijero, por ejemplo, sospechaba que éstos fueran los habitantes más antiguos de América, existiendo durante mucho tiempo “en la barbarie, viviendo dispersos en las cavernas de los montes y manteniéndose de la caza [...]”. Afirma que parte de los otomíes fueron civilizados por el contacto con los acolhuas, mientras otros vivían junto a los chichimecas, sin reducirse a la “vida civil”. Enseguida comenta:

Los otomíes han sido reputados por la nación más ruda de la tierra de Anáhuac, parte por la dificultad que todos sienten en entender su lengua y parte por la servidumbre de tantos siglos, que no les ha dejado entera libertad para las funciones del alma; pues en los tiempos de los reyes mexicanos eran tratados como esclavos. Su lengua es muy difícil y llena toda de aspiraciones que se hacen parte en la garganta y parte en las narices; pero es suficientemente copiosa y expresiva. Antiguamente fueron célebres en la caza y hoy comercian por la mayor parte en telas bastas de que se visten los indios. Pero no hay duda de que sus almas son capaces de todo género de instrucción (Clavijero, 1982, p. 61).

Las obras históricas porfirianas se nutrían de crónicas como las citadas; la visión de los antiguos otomíes seguía caracterizándose por la incomprensión y el desprecio. Alfredo Chavero, en el primer libro de la obra *México a través de los siglos*, publicada por primera vez en 1884,

intenta apuntalar los antiguos prejuicios de los nahuas con apreciaciones pseudocientíficas de tipo lingüístico, aunadas a expresiones francamente racistas.

El otomí es lengua de un carácter esencialmente primitivo. Le llamaban *otómitl* los mexicanos; pero su verdadero nombre es *hiá-hiú*. Todas las circunstancias de esta lengua manifiestan la pobreza de expresión de un pueblo contemporáneo de la infancia de la humanidad. Así, una misma voz tiene muchos significados, y muchas veces el nombre se toma como verbo con sólo la variación del acento. Las categorías gramaticales se hallan poco determinadas; el nombre no tiene declinación ni género y el verbo no conoce más modo que el activo. Las voces son objetivas; y si algunas parecen metafísicas, se relacionan siempre con objetos materiales. Como es lengua sin bases determinadas, se divide en muchos dialectos, ó más bien, en cada pueblo se habla un dialecto del otomí, que por lo mismo no podemos considerar como lengua propiamente dicha. Y la confusión aumenta, porque obligando la pobreza de palabras á mudar los acentos, esto produce un gran número de letras distintas que son nada menos, según nuestra cuenta, que catorce vocales y veinticuatro consonantes. Cuando se piensa en los muchos siglos que han estado los otomíes en contacto con pueblos de civilización más avanzada se comprende la verdad histórica de la persistencia de la raza y de la lengua. Hoy muchos pueblos de otomíes, no muy lejos de los centros de población, no conocen el castellano y persisten en su lengua como en ellos persiste invariable el tipo de su raza (Chavero, 1984, pp. 65, 66).

Insultar a los otomíes en los textos históricos se volvió costumbre entre los mexicanos eruditos de la ciudad de México. Manuel Toussaint, en una descripción del convento de Jilotepec publicada originalmente en 1939, llegó al extremo de escribir estas palabras: “Habiendo visto todo lo visible y lo que nos permitió ver un sacristán estúpidamente otomí —es decir, perfecto— salimos a completar nuestro paseo”. Dejó volar su imaginación frente a la antigua capilla abierta: “Allí, hace cuatrocientos años un pequeño grupo de santos Juanes Bosco, más pobres, más miserables, más arriesgados, enseñaron la fe de Cristo a los casi salvajes indios otomíes. ¡Y estos pobrecitos míos no están canonizados!” (Toussaint, 1983, p. 104). Francisco de la Maza no se quedaba atrás; en su boceto de la historia prehispánica de la región de San Miguel de Allende, también publicado en 1939, afirmó que “Apenas si algunas tribus de indígenas otomíes, huachichiles y chichimecas pululaban por esos montes y cañadas que hoy comprenden una importante región del estado de Guanajuato” (Maza, 1972, p. 9).

Pedro Carrasco Pizana hizo una aportación fundamental para la comprensión del pasado de los otomíes en su tesis profesional, presentada en 1945 y publicada un lustro después. En ella demostró la filiación plenamente mesoamericana de este grupo lingüístico. Aún así, en el prefacio de la versión impresa, intentó distanciarse de sus logros, quizá debido a las críticas que había recibido de sus contemporáneos:

Al publicarse ahora, cinco años después de escrito, no hubo tiempo de hacer ningún cambio por encontrarse el autor en el campo al decidirse e iniciarse la impresión. De todas maneras habrían sido pocos los cambios. Hubiéramos insistido en el papel de los otomíes dentro de la estratificación étnica del antiguo México, relacionado con el hecho de ocupar pocas regiones de agricultura

avanzada y no vivir en ciudades, ocupando un nivel cultural que aunque típicamente mesoamericano era inferior al de los naua urbanos [...] (Carrasco Pizana, 1987, p. 7).

Varios autores, escribiendo hacia mediados del siglo XX, fueron influidos por los estereotipos negativos de las crónicas novohispanas, los cuales parecen haber aceptado acríticamente. Francisco J. Santamaría, en su *Diccionario de mejicanismos*, continúa con la añeja tradición de denigrar a los otomíes; la cita que sigue fue publicada por primera vez en 1959:

Otomí. f[emenino]. Poderosa familia indígena y primitiva, habitante de cavernas, que quedó sujeta a los chichimecas en el siglo XV, pero sin abandonar sus hábitos autóctonos. Eran estos indios principalmente cazadores; vivían en las inmediaciones de los tarascos, procedían de California y su centro principal fue Xalcopan [sic]. [...] Por largos siglos permanecieron en estado casi salvaje y son, indudablemente, hoy mismo, de las razas inferiores; se distinguen por la desconfianza, la indolencia, la astucia y la hipocresía y la perfidia [...] (Santamaría, 1992, p. 776).

En el mismo lexicón se registra otro sustantivo, derivado del anterior:

Otomía. f[emenino]. Salvajada, barbaridad, picardía, grosería, hecho propio de un otomí; atrocidad, acto feroz, sanguinario o despiadado. Úsase más en plural y especialmente en la frase: *hacer OTOMÍAS*. (Procede sin duda de *otomí*, por la

fama de salvajes y crueles de los indios de esta raza, aunque RUBIO lo niegue.)
(Santamaría, 1992, p. 776.)⁸

Charles Gibson, en su estudio sobre Tlaxcala en el siglo XVI, publicado inicialmente en 1952, señala:

Sahagún se refirió a los otomíes como chichimecas, lo que implica un pueblo que no fue el primero en llegar y que tenía un nivel de cultura material relativamente bajo. También algunos otros escritores, que sabían de los otomíes en tiempos posteriores a la conquista, los caracterizaron como personas incultas, que solo tenían una economía de caza y recolección y carecían de la arquitectura y de los ídolos religiosos (Gibson, 1967).⁹

El mismo autor, en un estudio posterior, agrega las siguientes palabras a su apreciación anterior:

Aunque alguna vez se creía que los otomíes habían sido los primeros habitantes del Valle [de México], actualmente han sido clasificados correctamente como un pueblo recién llegado, en tiempos relativamente tardíos [...]. Su modo de vida sencillo o “primitivo”, evidente tanto en la época azteca como en la española,

⁸ La fuente citada es: Darío Rubio, *La anarquía del lenguaje en la América*, México, 1925.

⁹ *Sahagún referred to the Otomies as Chichimecs, implying a people who were not the first to arrive and who bore a relatively low standard of material culture. Other writers, also, who knew of the Otomies in post-conquest times, characterized them as uncultured people, possessing only a hunting and gathering economy, and lacking architecture and religious idols.*

indudablemente contribuyó a la creencia de su gran antigüedad [...]. En el siglo XVI eran el único grupo indígena importante en el Valle que poseía un idioma separado, que no era el náhuatl, y los pueblos de habla náhuatl generalmente los menospreciaban. Cabe señalar que en la época colonial se reconocían tres grados de pulque: fino, ordinario y otomí [...] (Gibson, 2000, p. 10).¹⁰

El cúmulo de estereotipos negativos acerca de los otomíes alcanza una de sus expresiones más extremadas en el apartado sobre “El mundo otomí” de la monografía del estado de Hidalgo, publicada por la Secretaría de Educación Pública en varias ediciones durante las dos últimas décadas del siglo XX.¹¹ Este inciso se encuentra después de una serie de apologías de las culturas prehispánicas que florecieron en lo que hoy es el territorio del estado. Basta el extracto siguiente como muestra del tono general del texto:

Tal vez vinieron del norte, tal vez del sur. Las crónicas dicen que “...no conocían ni tenían superior, ni adoraban dioses algunos, ni tenían ritos de ningún género; solamente se andaban cazando” [...]. Nunca tuvieron territorio para ellos por mucho tiempo. Hubo quien los calificó de advenedizos que no tenían por qué estar allí.

¹⁰ *Once believed to have been the earliest inhabitants of the Valley [of Mexico], the Otomi have in modern times been correctly classified as relatively late arrivals [...]. Their simple or “primitive” way of life, evident in both Aztec and Spanish times, undoubtedly contributed to a belief in their great antiquity [...]. In the sixteenth century they were the only major Indian group in the Valley possessing a separate, or non-Nahuatl, language, and Nahuatl-speaking peoples generally looked down on them. We may note that three grades of pulque were recognized in colonial times: fine, ordinary, and Otomi [...].*

¹¹ Tengo a la vista dos ediciones de esta obra: la “edición experimental” de 1982, la cual incluye al final formatos diseñados para solicitar la retroalimentación de los maestros y alumnos, y la tercera edición “revisada y actualizada”, de 1994, en la cual el inciso sobre “El mundo otomí” se reproduce sin cambio alguno respecto a la edición experimental, lo que me sorprende, considerando que hubo un mecanismo diseñado para la retroalimentación del texto por parte de los usuarios (Rivas Paniagua, 1982; 1994).

Ningún otro grupo étnico de la época prehispánica vivió tan sojuzgado como este que formaban los otomíes. Cuando lograban establecerse en un lugar, llegaban grupos más fuertes a correrlos o a tomarlos como trabajadores a su servicio [...].

La cultura original de los otomíes nunca fue propia, porque sus conquistadores nunca les dieron tiempo de desarrollarla. No construían templos que no fueran los de los vencedores. No trabajaban otra cerámica distinta a la de los mexicas, siguiendo los modelos que se les ordenaba. Sabían producir buenas telas y mantas de algodón, pero rara vez se les permitía usarlas [...] (Rivas Paniagua, 1982, pp. 98, 99).

La ilustración que complementa las palabras anteriores muestra un hombre fornido, vestido con un trozo de piel mal cortado —como los que usan los cavernícolas en las producciones de Hollywood—, cazando patos con un lanzadardos. Esta publicación fue distribuida a varias generaciones escolares de las escuelas primarias en el estado de Hidalgo. Por ello es probable que haya hecho más daño a la identidad étnica de los otomíes que las demás obras citadas aquí. Evidentemente perjudicó la autoestima de los niños otomíes y reforzó los estereotipos negativos en las mentes de sus compañeros. Fue la culminación de un largo proceso de desprecio hacia estos antiquísimos habitantes del Centro de México.

La memoria otomí

Se ha dicho que los otomíes no dejaron registros escritos de su propia historia.¹² Investigaciones recientes en las bibliotecas y archivos del mundo revelan la existencia de un corpus creciente de manuscritos elaborados por hablantes del otomí durante el periodo Novohispano, algunos de los cuales tienen contenidos netamente históricos.

Hay documentos mixtos, que combinan elementos pictóricos de la tradición gráfica prehispánica con textos alfabéticos, elaborados por escribanos otomíes durante la primera mitad de la época Novohispana. Uno de los más importantes es el *Mapa de Huamantla*, un documento cartográfico e histórico de gran formato, pintado sobre papel de amate, que narra la historia de una migración de otomíes desde el norte del estado de México hasta el oriente de Tlaxcala, así como otros sucesos de los últimos siglos antes de la Conquista y del primer siglo de la época Novohispana (Aguilera, 1984; Wright Carr, 2005, vol. I, pp. 433, 478). Otro es el *Códice de Huichapan*, con cuatro secciones alfabéticas o alfabético-pictóricas, incluyendo los anales de Huichapan entre 1539 y 1632; una nómina de pueblos de la antigua provincia de Xilotépec (hoy Jilotepec de Molina Enríquez, estado de México); un calendario bicultural y plurilingüe; así como los anales de Xilotépec desde 1403 hasta 1528 (Ecker, 1966; 2001; Reyes Retana, 1992; Wright Carr, 2000; 2004; 2005, vol. I, pp. 525-581; 2012). Entre los documentos económicos, sobresalen los seis *Recibos de Mixquiahuala*, elaborados entre 1568 y 1573 para registrar la

¹² Soustelle (1993, p. 445) habla de las historias de los tenochcas y texcocanas; enseguida añade: “En medio de estas pretensiones rivales los otomíes, desprovistos de documentos escritos, muy frecuentemente pasan inadvertidos”. Gruzinski (1985, p. 34), hablando del manuscrito intitulado *Origen de la santísima cruz de milagros de la ciudad de Querétaro*, conservada en el archivo franciscano de Roma, escribió: “Aunque sólo subsiste la versión castellana, el documento conserva un excepcional valor histórico. Basta recordar las palabras de un destacado especialista de los otomíes, Jacques Soustelle: ‘La historia de los Otomíes [sic] no ha sido nunca escrita por ellos mismos dado que nunca escribieron algo’ [...]”. En tiempos recientes Cline (2000, p. 189) publicó una afirmación similar: “Menos de sabe acerca de los otomíes, puesto que al parecer no sobreviven registros coloniales en su lengua y hay pocos reportes españoles que tratan sobre ellos aparte de los nahuas” (“*Less is known about the Otomí, for there seem to be no extant colonial records in their tongue and few Spanish reports dealing with them separately from the Nahuas*”).

entrega de bienes y servicios, proporcionados por la comunidad de este pueblo otomí, al corregidor español (Hermann Lejarazu, 2001; Seler, 1904; Wright Carr, 2005, vol. I, pp. 478-525). La lista de los manuscritos con elementos pictóricos pintados por otomíes es más larga de lo que generalmente se sospecha, especialmente cuando consideramos los mapas que acompañan varias de las relaciones geográficas del siglo XVI y los expedientes sobre pleitos por tierras en el Archivo General de la Nación.¹³

Los manuscritos alfabéticos en otomí versan sobre temas muy diversos. Todos son útiles, aún indispensables, para recuperar la historia de este pueblo. Hay varias obras que describen la lengua otomí, entre gramáticas y vocabularios, elaborados durante la época Novohispana e inicios del periodo del México Independiente. Fueron preparados por clérigos, en su mayor parte, evidentemente con el apoyo de colaboradores otomíes. Algunos manuscritos tienen contenidos cristianos; reflejan las labores misioneras llevadas a cabo en los pueblos otomíes. Otros contienen datos etnográficos importantes. Hay documentos escritos por los mismos otomíes, en su lengua materna, para diversos propósitos: correspondencia personal, narraciones históricas acerca de los conquistadores otomíes que participaron en la Guerra Chichimeca, poemas, críticas eruditas de las obras en otomí publicadas por los sacerdotes criollos, instrumentos jurídicos y testamentos. El estudio de este material está en una etapa muy incipiente todavía.¹⁴

¹³ Es difícil identificar la filiación lingüística del pintor de cada documento, ya que los hablantes de las diversas lenguas del Centro de México compartían la misma tradición de escritura pictórica, y cuando hay glosas alfabéticas complementarias, éstas a menudo se escribieron en náhuatl o castellano, sin importar cuál haya sido la lengua materna del escribano. La mejor manera de resolver este problema es determinar la(s) lengua(s) hablada(s) en el pueblo de origen de cada manuscrito, si es que éste se conoce, valiéndose de las fuentes documentales disponibles. En algunos casos podemos hallar (o inferir) los nombres de los autores, y con base en esta información podemos encontrar datos sobre sus conocimientos lingüísticos y otros aspectos de sus vidas (García de Mendosa Motecsuma, 2000; Martín de la Puente, 2000; Wright Carr, 2005, vol. I, pp. 493-495, 521, 522, 527-530).

¹⁴ Para una visión preliminar de este tema, véanse: Wright Carr, 1997; 2003. Para estudios de documentos históricos otomíes, véanse: García de Mendosa Motecsuma, 2000; Martín de la Puente, 2000; Reyes Retana, 1990; 1992; Wright Carr, 2000; 2002; 2004; 2005, vol. I, pp. 431-581. Para una lista más exhaustiva de manuscritos en otomí, véase: Wright Carr, 2005, vol. I, pp. 408-430. Sobre los manuscritos otomíes existentes en dos acervos de los Estados Unidos de América, véase Wright Carr, 2006.

La tradición de escritura alfabética en otomí comenzó hacia mediados del siglo XVI; floreció durante todo el siglo XVII y persistió durante la mayor parte del siglo XVIII. Pero esta tradición no se extendió a todas las regiones donde se hablaba esta lengua. Los datos actualmente disponibles indican que los manuscritos de contenido lingüístico y cristiano, escritos por misioneros, cubren una amplia región, desde la ciudad de México hasta Querétaro, y desde Michoacán hasta el oriente del Valle del Mezquital. Los documentos escritos por otomíes fueron elaborados dentro de un área más restringida, que corresponde a la antigua provincia de Jilotepec, con una extensión hacia el Bajío oriental (hay manuscritos elaborados en Comonfort y Querétaro). Algunos gobernantes otomíes en otras regiones aprendieron a escribir en náhuatl o castellano; produjeron documentos que nos proporcionan datos valiosos para comprender el pasado de estos antiguos habitantes del Centro de México.

Cultura, lengua e identidad

Considerando lo expuesto hasta aquí, es evidente que los otomíes desempeñaron un papel fundamental en los procesos políticos, sociales y culturales del Centro de México durante la época Prehispánica. En el momento de la Conquista había numerosos señoríos otomíes en esta región, interactuando con los demás centros de poder, y había barrios otomíes en buena parte de los señoríos plurilingües. Las fronteras políticas rara vez coincidían con las fronteras lingüísticas; los hablantes del otomí se dividían entre los principales bloques de poder que disputaban los excedentes económicos de la región. De la misma manera había una notable integración cultural de todos los grupos lingüísticos que convivían en esta zona. Los otomíes vivían en las más diversas zonas geográficas, incluyendo zonas lacustres, bosques en las serranías, el semidesierto del pie de monte de la Sierra Madre Oriental y el paisaje quebrado de esta formación orográfica.

Cada uno de estos entornos naturales influía en la cultura de sus habitantes. El concepto de una “nación otomí” en tiempos históricos tiene poco fundamento; lo que había era un grupo lingüístico, política y culturalmente integrado con sus vecinos.

El tamaño y la diversidad de la región otomí, aunada a la atomización de las estructuras sociales provocada por el dominio español —y después por el Gobierno mexicano—, ha fomentado la diversidad lingüística, por lo que en nuestros tiempos hay dos grandes agrupaciones lingüísticas de otomíes que apenas se entienden, más otros dos idiomas otomíes aislados, probablemente en vías de extinción. Así es que la integración lingüística será difícil de alcanzar. El avance en el uso de estas lenguas en los medios —impresos, radiofónicos, televisivos y redes digitales— debería de fomentar cierta integración dialectal, como se ha visto en otras sociedades, si se logra hacer un uso amplio y frecuente de estos recursos tecnológicos para la difusión de las lenguas y la cultura de los otomíes. Afortunadamente, los emergentes proyectos sociales de los pueblos indígenas contemplan las acciones conjuntas y coordinadas entre sí. Reconocen su unidad cultural fundamental y el hecho de que comparten los mismos problemas y las mismas amenazas. La supervivencia de estas colectividades humanas dependerá del éxito de sus proyectos de integración y cooperación. El estudio de su pasado es una parte indispensable de estos proyectos, como comprenden cada vez más miembros del pueblo otomí.

Referencias

- Aguilera, C. (editora). (1984). *Códice de Huamantla* (facsimil del ms.). Instituto Tlaxcalteca de Cultura.
- Alva Ixtlilxóchitl, F. de. (1975, 1977). *Obras históricas: Incluyen el texto completo de las llamadas Relaciones e Historia de la nación chichimeca en una nueva versión establecida con el cotejo de los manuscritos más antiguos que se conocen* (vols. 1, 2). E. O’Gorman (editor). Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Alvarado Tezozómoc, H. (1980). *Crónica mexicana escrita por D. Hernando Alvarado Tezozómoc hacia el año de MDXCVIII, anotado por el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra y precedida del Códice Ramírez, manuscrito del siglo XVI intitulado: Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias* (3.^a ed. facsimilar de la ed. de 1878). M. Orozco y Berra (editor). Editorial Porrúa.
- Benavente, T. de (Motolinía). (1979). *Historia de los indios de la Nueva España: Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España, y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado* (3.^a ed.). E. O’Gorman (editor). Editorial Porrúa.
- Benavente, T. de (Motolinía). (1989). *El libro perdido: Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*. E. O’Gorman (editor). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Carrasco Pizana, P. (1987). *Los otomíes: Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana* (facsimil de la ed. de 1950). Ediciones del Gobierno del Estado de México.

- Chavero, A. (1984). Libro primero, tiempos prehistóricos. En V. Riva Palacio (director), *México a través de los siglos: Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual* (21.^a ed.) (pp. 61-239). Editorial Cumbre.
- Clavijero, F. J. (1982). *Historia antigua de México* (7.^a ed.). M. Cuevas (editor). Editorial Porrúa.
- Cline, S. L. (2000). Native peoples of colonial central Mexico. En R. E. W. Adams & M. J. MacLeod (editores), *The Cambridge history of the native peoples of the Americas: Volume II, Mesoamerica, Part 2* (pp. 187-222). Cambridge University Press.
- Ecker, L. (1966). Algunas observaciones sobre el calendario otomí y los nombres otomíes de los monarcas nahuas en el *Códice de Huichapan*. En A. Pompa y Pompa (editor), *Summa anthropologica, homenaje a Robert J. Weitlaner* (pp. 605-612). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Ecker, L. (2001). *Códice de Huichapan: Paleografía y traducción*. Y. Lastra & D. Bartholomew (editoras). Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- García de Mendosa Motecsuma, D. (2000). García: Traducción de un manuscrito en otomí y español, hecha por Diego García de Mendosa Motecsuma. D. C. Wright Carr (editor). En *Editions Sup-Infor*. Documento obtenido de <http://www.sup-infor.com> (actualización: 2000; acceso: 11 de mayo de 2010).
- Gibson, C. (1967). *Tlaxcala in the sixteenth century* (reimpresión de la 1.^a ed.). Stanford University Press.

- Gibson, C. (2000). *The Aztecs under Spanish rule: A history of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810* (reimpresión). Stanford University Press.
- Gruzinski, S. (1985). La memoria mutilada: Construcción del pasado y mecanismos de la memoria en un grupo otomí de la mitad del siglo XVII. En *La Memoria y el Olvido: Segundo Simposio de Historia de las Mentalidades* (pp. 33-46). Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hermann Lejarazu, M. A. (2001). Códices tributarios de Mizquiahuala. En L. E. Sotelo Santos, V. M. Ballesteros García & E. Luvían Torres (coordinadores), *Códices del estado de Hidalgo/State of Hidalgo codices* (pp. 88-99). Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Martín de la Puente, F. (2000). Martín: Manuscrito en otomí y español de Francisco Martín de la Puente. D. C. Wright Carr (editor). En *Editions Sup-Infor*. Documento obtenido de <http://www.sup-infor.com> (actualización: 2000; acceso: 11 de mayo de 2010).
- Maza, F. de la. (1972). *San Miguel de Allende: Su historia, sus monumentos* (2.^a ed.). Frente de Afirmación Hispanista.
- Muñoz Camargo, D. (1984). Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala. En R. Acuña (editor), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala* (vol. I, pp. 23-285). Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Reyes Retana Márquez, Ó. (editor). (1990). *Códice de Jilotepec* (facsimil del ms.). H. Ayuntamiento de Jilotepec.
- Reyes Retana Márquez, Ó. (editor). (1992). *Códice de Huichapan: Comentado por Alfonso Caso* (facsimil del ms.). Telecomunicaciones de México.

- Rivas Paniagua, E. (1982). *Hidalgo, entre selvas y milpas... la neblina: Monografía estatal* (edición experimental). Secretaría de Educación Pública.
- Rivas Paniagua, E. (1994). *Hidalgo, entre selvas y milpas... la neblina: Monografía estatal* (3.^a ed.). Secretaría de Educación Pública.
- Sahagún, B. de. (1979). *Códice florentino* (facsímil del ms.) (vols. 1-3). Secretaría de Gobernación.
- Sahagún, B. de. (1974-1982). *Florentine codex: General history of the things of New Spain* (1.^a ed./2.^a ed./reimpresión) (vols. 1-13). A. J. O. Anderson y C. E. Dibble (editores y traductores). The School of American Research/The University of Utah.
- Santamaría, F. J. (1992). *Diccionario de mejicanismos, razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanamericanos* (15.^a ed.). Editorial Porrúa.
- Seler, E. G. (1904). The Mexican picture writings of Alexander von Humboldt in the Royal Library at Berlin. En C. P. Bowditch (editor), *Mexican and Central American antiquities, calendar systems, and history* (pp. 123-229). Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution.
- Soustelle, J. (1993). *La familia otomí-pame del México central*. N. M. Baigorria (traductora). Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Fondo de Cultura Económica.
- Toussaint, M. (1983). *Paseos coloniales* (3.^a ed.). Editorial Porrúa.
- Wright Carr, D. C. (1997). Manuscritos otomíes del Virreinato. En S. Rueda Smithers, C. Vega Sosa & R. Martínez Baracs (editores), *Códices y Documentos sobre México, Segundo Simposio* (vol. II, pp. 437-462). Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de

Antropología e Historia/Dirección General de Publicaciones, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Wright Carr, D. C. (2000). Signos toponímicos en el Códice de Huichapan. *Estudios de Cultura Otopame*, 2, 45-72.

Wright Carr, D. C. (2002). Códice de Jilotepec. D. C. Wright Carr (editor). En *Editions Sup-Infor*. Documento obtenido de <http://www.sup-infor.com> (actualización: 29 de julio de 2002; acceso: 11 de mayo de 2010).

Wright Carr, D. C. (2003). Manuscritos otomíes del Virreinato. En *Estudios sobre las culturas de México*. Documento obtenido de <http://www.prodigyweb.net.mx/dcwright/mss.htm> (actualización: 1 de mayo de 2008; acceso: 11 de mayo de 2010).

Wright Carr, D. C. (editor) (2004). Códice de Huichapan. D. C. Wright Carr (editor). En *Editions Sup-Infor*. Documento obtenido de <http://www.sup-infor.com> (actualización: 30 de octubre de 2004; acceso: 11 de mayo de 2010).

Wright Carr, D. C. (2005). *Los otomíes: cultura, lengua y escritura* (tesis) (2 vols.). Doctorado en Ciencias Sociales, El Colegio de Michoacán.

Wright Carr, D. C. (2006). *Manuscritos otomíes en la Biblioteca Newberry y la Biblioteca de la Universidad de Princeton*. Ediciones La Rana.

Wright Carr, D. C. (2011). El pueblo otomí: el pasado acumulado en el presente. En A. Roth Seneff (editor), *Caras y máscaras del México étnico: La participación indígena en las formaciones del Estado mexicano. Volumen II: Soberanías y esferas ritualizadas de intercambio* (pp. 271-286). El Colegio de Michoacán.

Wright Carr, D. C. (2012). *Códice de Huichapan*. *Arqueología Mexicana*, ed. especial 42, *La colección de códices de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*, pp. 54-57.